

204. Considera cómo el Señor se fue al desierto, y en él ayunó cuarenta días, haciendo penitencia, y de esta suerte se dispuso para pelear con el demonio, juntando á esto la soledad, la oracion, el poco sueño y ninguna cama, con lo cual nos da egemplo el Señor para que hagamos lo mismo, si queremos vencer las tentaciones, porque es necesario que padezcamos. Buen egemplo tenemos en nuestro Salvador: y así procurémos retirarnos al desierto de la penitencia; y para esto se ha de animar el alma y seguir á Cristo nuestro Salvador, que nos está llamando, y mostrándonos el camino; y si queremos saber cuáles son los caminos y sendas que el Señor nos muestra, no son otros que los de sus misterios. El primer camino es del seno del Padre al vientre virginal de su Madre por la Encarnacion: el segundo á las montañas de Judea por la Visitacion: el tercero á Belen al establo y pesebre de bestias: el cuarto al templo, y la fuga de Egipto: el quinto de Egipto á Nazareth, y de Nazareth, al templo donde le perdió. Estos son los caminos que el Señor nos enseña en sus misterios gozosos; y estas son las sendas que ha de saber el cristiano, para considerar cuando rezare el santísimo Rosario. Y despues prosiguió el Señor predicando y obrando muchos milagros, y creyéron muchos en su divina palabra. Hasta aquí llega la explicacion de los misterios gozosos. Procurémos sacar de ellos mucho fruto para nuestras almas, pidiendo humildemente á la que es Madre de las misericordias interceda con su santísimo Hijo, para que en nuestros corazones se imprima el Arco Iris de Paz, que se nos ha propuesto en estos santísimos Misterios.

## MISTERIOS DOLOROSOS.

CERCANO ya el tiempo que la divina Providencia tenia determinado que el Unigénito del Padre padeciese la cruelísima pasion, la horrible y afrentosa muerte de la cruz, para redimir al hombre de la eterna muerte y esclavitud del demonio: estando el Señor en Betania el juéves santo por la tarde, llegaron los discípulos á su Magestad soberana; y como no tenia casa propia en este mundo, siendo dueño de todas las cosas, le preguntáron que en dónde habia de celebrar la pascua. Mandó el Señor á dos de sus discípulos que fuesen á Jerusalem, y que siguiesen á un hombre, que encontrarian con un cántaro de agua en el hombro, y en la casa donde entrase, digesen de su parte al dueño, que el cenáculo que tenia dispuesto para él y su familia, se lo diese, para que con sus discípulos cenase y celebrase en él la pascua. Hicieronlo así, y el Señor con sus discípulos se despidió de su Madre santísima, y se fué á la dicha casa, donde dió cumplimiento á los preceptos legales en aquella cena, y ordenó el nuevo testamento en la cena mística de su sacratísimo cuerpo, y su preciosísima sangre.

### MISTERIO PRIMERO.

*De la Oracion que hizo el Hijo de Dios en el Huerto.*

205. CONSIDERA cómo el miércoles santo, habiendo cenado el Señor en casa de Santa María Magdalena en Betania, y recibido de su sierva aquel devoto obsequio del agua de olores con que le festejó, por lo cual se indignó el maldito Júdas, y murmuró la accion, proponiendo en su depravado corazon vender á su Maestro, para sacar de su sangre lo que habia de hurtar de aquellos unguentos, si se lo hubieran dado: viendo, pues, la Santa, y oyendo las palabras con que el Señor volvió por ella, diciendo que aquellos unguentos los habia hecho para su sepultura, y que á los pobres no les fal-

taria; y oyéndole decir á su Magestad divina, que presto los dejaria, comenzó á temer, como quien sabia la sentencia de muerte que habian dado los pontífices contra su divino Maestro: le rogó que aquella pascua la hiciese en su casa, y no fuese á Jerusalem, porque habia orden para prenderle; pero el Señor le dijo, que en Jerusalem la habia de hacer en todo caso. Fuese la Santa á nuestra Señora, y pidióle encarecidamente se empeñase con su divino Hijo para que no fuese á Jerusalem. Dice San Buenaventura, que el Señor, acabada la cena, se fué al aposento de su Madre santísima, para participarla como habia llegado el tiempo de su muerte; y estando hablando los dos, volvió á entrar la Magdalena, y nuestra Reyna soberana le insinuó al Señor la petición de su amiga. Entónces su divina Magestad se declaró, diciendo: carísima Madre mia, la voluntad de mi Padre es que yo haga la pascua en Jerusalem; porque ya ha llegado, y se ha cumplido el tiempo de la humana redencion: ahora se cumplirán en mí las profecías, seré entregado á mis enemigos, y ellos harán en mí lo que quisieren, porque ha llegado su hora. ¡Quién podrá ponderar la pena de nuestra Señora y el sentimiento de la Magdalena! ¡O Hijo mio amantísimo! (diria la dolorosa y afligida Madre.) Todas las cosas son posibles á vuestro Eterno Padre; todas mis entrañas se han estremecido, y mi corazon se ha turbado de muerte con esas palabras: á la determinacion de vuestro Padre no sé contradecir: pero pedidle vos, Hijo mio, que si es de su agrado, ordene otro modo de redimir á los hombres que no sea por la muerte vuestra, puesto que no hay cosa imposible para su poder. Hazte, cristiano, hazte presente á este coloquio, que duró lo restante de la noche, y mira las lágrimas del Hijo y de la Madre, y cómo el Señor la consuela y propone la voluntad de su Padre, que era el que muriese, y cómo por último nuestra Reyna ofrece su alma con la vida del Hijo santísimo á la muerte, sacrificándose á sí misma en la mas triste y dolorosa congoja que jamas en el mundo padeció ni padecerá pura criatura; y aprende á resignarte en la divina voluntad en medio de tus trabajos.

206. Considera cómo el juéves santo se llegaron al Señor dos discípulos, y le preguntaron que en dónde queria hacer la pascua. Y el Señor les dijo que fuesen á Jerusalem, donde encontrarian un hombre con un cántaro de agua cargado: que le siguiesen, y en la casa donde él entrase, ha-

blasen al dueño, y le pidiesen de su parte el cenáculo, y que allí dispusiesen la pascua. Saliéron los dos discípulos San Pedro y San Juan, é hicieron lo que el Señor les mandaba: y Júdas, que estaba á la mira porque queria venderle aquella noche, viendo que el Señor no se habia declarado, se quedó suspenso; pero luego, habiéndose ido los dos apóstoles, él con achaque de ir con ellos se fué á los pontífices y le vendió, y pactó entregarle aquella noche; y luego se volvió á Betania, como que venia de disponer la cena. Muchas cosas tienes que meditar en este punto: piensa lo primero el corazon de los dos discípulos para con el Señor, y el corazon de Júdas para con su divina Magestad: ellos cuidadosos de disponerle la pascua, y él ansioso de hallar ocasion de venderle: ellos pensando cómo le han de regalar y servir, y él discurriendo cómo le ha de beber la sangre, entregándole á los verdugos. Acuérdate cuántas veces á la hora que muchas almas santas se están desvelando en cómo han de agradar á Dios, tú acaso á la misma hora estas haciendo discursos cómo le has de ofender. Mira qué almas aquellas, y qué alma la tuya. Qué deseos aquellos, y qué deseos los tuyos. Piensa lo segundo la prudencia y sabiduría de nuestro Señor, que uno y otro resplandece en esta ocasion. Pudo decir á los discípulos la casa determinada adonde les enviaba, y no quiso, por ocultárselo á Júdas, para que con eso no le estorbese el obrar los altísimos misterios que obró en aquella cena; porque hubiera ido y dado la noticia de la casa, y luego al entrar le hubieran preso. Aprende á tener prudencia, y tus secretos espirituales, y tus determinaciones solo á tu confesor las comuniques. Piensa la sabiduría del Señor, y cómo se manifestó Dios por las señas, y por haber movido el corazon de aquel padre de familias, para que con un simple recado alargase al Señor la pieza que él tenia preparada para sí, y aprende á obedecer las divinas inspiraciones, que recados son que el Señor envia á tu alma; y si te pide el Señor que le dejes las comodidades y conveniencias que tu amor propio tiene dispuestas á tu carne, no se las niegues. Piensa lo tercero la sencillez y obediencia ciega con que los apóstoles obedecian al Señor: podian decirle que les mandase ir á casa determinada, ó podian preguntarle cómo se llamaba el dueño de la casa para ir allá derechos: podian dudar de topar con el hombre cargado con el cántaro, y en una ciudad tan grande, en donde encon-

trarian quizás muchos con lo mismo; y con todo nada dudan, obedecen sin réplica, fiados en que era Dios el Señor, y que como se lo decia así sucederia. Obedece á tus padres espirituales, que estan en lugar del Señor, y déjate de reparos y dudas en contrario, si quieres que te suceda bien en el camino de la virtud.

207. Considera cómo el juéves santo á la tarde salió de Betania el Señor acompañado de su Madre sacratísima y de los discípulos, con Santa María Magdalena, San Lázaro y otros amigos que quisieron acompañarle; y habiendo caminado en silencio hasta cerca de la ciudad, así se volvió el Señor á su Madre, y abrazándola con infinito amor y ternura, se despidió de ella, hablándola al alma con estas ó semejantes palabras: dadme vuestra bendicion, Madre amantísima, que voy á morir: confortaos en mi Padre, que ha llegado la hora de mi muerte y vuestras penas, *ab æterno* ordenado todo, y decretado por consejo altísimo de mi Padre: arrojaos en el abismo de su infinita bondad y providencia, que no os faltará ni desamparará en los grandes aprietos que os esperan. Y en esta considera al Señor hincada la rodilla, como verdadero Hijo, á su verdadera Madre, y considera á la Madre santísima puesta á sus plantas, y que hecha un mar de amarguras, le hablaria con el alma. ¡O Dios altísimo y santísimo, esposo de mi alma, Hijo de mi corazon! confortadme en esta hora, que es grande mi tribulacion. ¿En un mar de amarguras me dejais anegada, y os retirais? ¿La corriente del amor de los hombres os arrebatá á la muerte, y os aparta de mi vista? Atended, Señor mio, que me dejais en medio de la tormenta, sin tener á qué asirme, batallando entre las embravecidas olas de tristezas y ahogos indelicibles: dadme la mano de vuestro poder divino, para que pueda subsistir el alma afligida. Piensa que el Señor le dió á su Madre santísima la mano, y usando de su poder, la confortó con poderoso milagro; y echándole su bendicion, se apartaron los dos con tanta pena, cuanto ni los querubines pueden ponderar. El Señor cogió con sus discípulos el camino para el cenáculo, y nuestra Señora con Santa María Magdalena para su casa. Vé acompañándola, que luego en dejándola en su retrete, te volverás al cenáculo, y aprende á dejar por Dios el amor de todas las cosas, aunque te cueste mucho, atendiendo á la inefable pena que le cuesta al Señor el apartarse de su Madre, por cumplir la voluntad de su Padre, y acudir á tu remedio.

208. Considera cómo habiendo el Señor llegado con sus discípulos á la casa del cenáculo, como dice san Buenaventura, ántes de subir arriba se fué á la cocina, pidió un perol, ó caldero grande, y con sus propias manos le puso al fuego, y luego dispuso otros cántaros con agua fria, preparó un lebrillo, y la tohalla para lavar los piés á los discípulos, y luego se subió con ellos al cenáculo. Sentáronse a la mesa, y el Señor les dijo: grandemente he deseado que se me llegase esta hora, y tiempo de cenar con vosotros ántes de mi pasion y muerte. Ahora ya es tiempo, alma, de que vayas pensando cada cosa de por sí, y dile á tu Dios, puesto que callan los discípulos: Señor mio y Dios mio, ¿no es esta la hora mas triste para vos que habeis tenido en toda vuestra vida? ¿No os habeis apartado de vuestra Madre, cuyo apartamiento os tiene partido de dolor el corazon? ¿No es este el tiempo de vuestros mayores conflictos, penas y tormentos? ¿No es ahora cuando habeis de batallar con las agonías de la muerte, con el demonio, y con los malos, que como tres escuadrones armados os han de cargar de congojas, oprobios, afrentas, bofetadas, salivas, azotes y dolores cruelísimos? ¿No es ahora cuando os han de clavar de dos palos, y clavado por los piés y por las manos, habeis de estar en ese inhumano tormento colgado por tres horas, hasta que la grandeza del dolor os quite la vida? ¿Ignorais vos acaso cosa alguna de estas? ¿Pues cómo tanto deseais esta hora? ¿cómo tantas ansias porque se llegue este tiempo? Haz cuenta que te responde tu Dios, y dice: es así, alma, como tú lo dices; pero ahí conocerás cuán grande es el amor que te tengo; pues no obstante todas esas amarguras que me esperan, considerando que con ellas te remedio, y te libro de la perdicion eterna, y te abro las puertas del cielo, olvidado de mis dolores y afrentas, solo en tu alivio pienso: no hago caso de mis males, porque conozco que son bienes tuyos: mis agonías son consuelos tuyos, tu libertad mis prisiones, mis azotes tu regalo, mis oprobios y afrentas tus honras, mis heridas tu medicina, mis dolores tu salud, mis llagas tu refugio, mi cruz tu descanso, y mi muerte tu vida. ¿Pues cómo quieres que mi amor no clame por la hora y tiempo de tantas conveniencias tuyas? Si yo me amara á mí, y no te quisiera á ti, tenias razon en dudar por qué llamo hora deseada la de mis

penas; pero ahora que conoces mi amor, ya no tendrás razon en no amar por mí lo que yo amé por ti. Dile que sí, y que ya en adelante entenderás por tu gloria y gozo sus penas, sus azotes y su cruz, y que la hora de penar, esa tendrás por suya; y aquella en que te alegrares, esa tendrás por del mundo, de tu carne y tuya. Dile tambien, que ya no quieres que tu hora sea otra que la suya: la que el Señor llama suya, esa sola tendrás por tuya.

209. Considera cómo llegó el cordero á la mesa, y se lo pusieron delante del Señor, y viéndole su divina Magestad, se consideró á sí mismo en él representado. Y tú, que has de observar todos los movimientos y acciones de tu Señor, repara cómo al mirarlo se suspende y se muda como asustado su divino semblante, y pregúntale con humildad ansiosa de aprender y sacar provecho de todas sus acciones y obras: Dios mio, parece que ese divino rostro se ha turbado así que visteis el cordero en la mesa. ¿Qué habeis visto en él, Señor mio? Decídselo á vuestro esclavo. Haz cuenta que te responde con palabras tristes, pero tiernas y amorosas: ¿ves, alma, ese cordero? ¿veslo desollado? ¿veslo descoyuntado y asado en estos asadores que hacen forma de cruz? ¿Veslo muerto y comido? Pues haz cuenta que en él me ves á mí. Este cordero mandó mi Padre que se comiese en esta pascua; cuya misteriosa circunstancia es en memoria de la libertad que consiguió el pueblo de la esclavitud de Faraon: todo representacion de mí mismo, que soy el Cordero de Dios, que por destruir del mundo los pecados, y librar las almas de la esclavitud del demonio, tengo de ser sacrificado mañana por ellas. ¿Ves que á este cordero lo prendieron en el campo, y atado lo tragéron á Jerusalem, apartándolo de la manada? Pues esta noche me prenderán á mí en el campo, y apartándome del rebaño corto de mis discípulos, preso con cadenas y sogas me traerán como ladron á Jerusalem. ¿Ves esos báculos que tienen esos en sus manos? pues en ellos entiende los palos, los golpes y malos tratamientos con que me han de herir. ¿Ves este cordero desollado? pues así me tengo de ver mañana, con mas de cinco mil azotes desollado. ¿Ves ese cordero asado en forma de cruz? pues mañana á la hora de sexta me tengo de ver clavado en la cruz, asadas y consumidas mis entrañas á manos de una cruelísima sed y calentura mortal, sin hallar mas refrigerio que la hiel y vinagre, que la impiedad humana me ha de

dar á beber. ¿Ves esas lechugas amargas? pues esas son las amarguras infinitas de que me tengo de ver lleno en un total desamparo de mi Padre y mi Madre y de todas las criaturas; porque en ninguna tengo de hallar consuelo. ¿Ves este cordero muerto en esta mesa? pues así me verán mañana en el monte Calvario. Ves aquí, alma, mi suspension: ves aquí la causa de mi turbacion: ves aquí porque me viste demudado el color, y fué la causa la presencia de mis tormentos y de mi muerte, que aunque yo la busco y la amo para tu remedio, mi naturaleza pasible se estremeció así que se vió con ella por delante. No te olvides de ella, puesto que por ti la padecí: pónla siempre por delante, que con eso temblará tu alma de ofenderme. Dile que sí, y que ya en adelante ese será el único plato de tu gusto. Tu pan serán sus dolores; tu regalo sus amarguras; tus deleites su hiel y vinagre; tus galas sus azotes y púrpura; y tu descanso su cruz; y mira que como lo dices lo hagas.

210. Considera cómo habiéndose repartido el cordero entre todos los apóstoles, estando ellos comiendo, el Señor les dijo, cómo uno de ellos le tenia vendido á sus enemigos, y habia pactado con ellos entregarle en sus manos. ¡O palabra llena de espanto y dolor para los discípulos que le amaban! Como un cuchillo riguroso les atravesó los corazones: quedáronse con el bocado en la boca: suspensos, atónitos y cargados de miedo, empezáron á preguntarse unos á otros, que quién seria á quien habia él de dejar de su mano, para que hiciese una tan grande maldad; y vueltos á su divino Maestro, le dijo cada uno: ¿soy yo acaso, Señor? ¿Soy el traidor? Júdas calla. Respondió su divina Magestad, diciendo: el que entra la mano conmigo en el plato, ese me ha de entregar. Piensa tres cosas en este punto. La primera, que ¿porqué el Señor les dió este susto en medio de la cena? Pudo dejarlo acabar: y como despues lo volvió á repetir, decirlo entónces; y no quiso: y si le preguntas el por qué, te responderá que lo hizo: lo primero por reprehender á Júdas, que estando en pecado mortal, comia tan sin cuidado, con tanto gusto como si su alma estuviera del todo asegurada en la gracia de Dios. Lo segundo, que por enseñar á los suyos que ha de ser su pan en esta vida pan de dolor, y que no se ha de entregar á las comidas, sin llevar por compañera la memoria de su pasion y de la propia miseria, y mucho ménos á la mesa del Cordero consagrado, cuya representa-

cion era aquel. Lo tercero, mira cuán humildemente sentian de sí los sagrados apóstoles, y cuán grande era la estimacion que los unos tenian de los otros; pues cada uno piensa de sí propio, pareciéndole que solo en él podia haber semejante maldad, y no en otro alguno de los presentes: aprende á sentir bajamente de tí, y altamente de tus prógimos: bastantes motivos les habia dado Júdas para que pudieran pensar si seria él; pero ninguno atendia sino á sus defectos. Piensa tambien la prudencia con que el Señor respondió á su pregunta: el que entra conmigo la mano en el plato (dijo su divina Magestad,) ese me ha de entregar; y no era solo Júdas el que la entraba, otros comian con el Señor; pero lo que se puede pensar es, que él obraba por sí, sin que el Señor se lo mandase, porque su soberbia le hacia desatento, á vista de la mansedumbre del Señor; mas los otros, como humildes, comian con el Señor, porque así se lo mandaba su Magestad; y así sacarás de aquí una doctrina muy necesaria para el trato con Dios, que le has de tratar á su divina Magestad con gran decoro y reverencia, considerando su grandeza y tu pequeñez.

211. Considera cómo acabada la cena se levantó el Señor, y dejando puesta la mesa, se bajó á la parte inferior de la casa, como dicen muchos Padres, y quitándose sus vestiduras, mandó á los apóstoles que se sentasen; y ciñéndose un lienzo, con sus propias manos cogió agua caliente, fria y templada en un lebrillo: se fué á los pies de los apóstoles, y puesto de rodillas delante de ellos, se los lavó, y se los limpió y besó, como dicen muchos. Este es el punto de la meditacion, en donde tienes muchas y divinas consideraciones que hacer: busca en todas el provecho de tu alma, que para eso las ordenó el Señor. Considera, pues, como queriendo el Señor dar principio al testamento nuevo y á la santísima ley de gracia; primero concluyó en aquella cena legal las ceremonias y las figuras de la ley antigua, que todas eran carnales y sombra de las espirituales; y de aquí has de sacar un conocimiento de tí mismo, muy necesario para entablar la vida espiritual. Has de saber que eres compuesto de dos partes, que son carne y espíritu, y cada una tiene su ley, y cada una quiere que prevalezca la suya: la carne es contraria á la ley del espíritu, y asimismo le hace guerra, como lo dijo San Pablo, que sentia en sus miembros una ley, que repugnaba la ley del alma: la ley de la carne es carnal, y man-

da que se gaste la vida en comer y beber, dormir y pasear: la del espíritu manda que se gaste en servir á Dios por el egercicio de las virtudes y vida espiritual: trata, pues, á imitacion de tu Señor, de dar fin á esa ley carnal, si quieres dar principio á la vida espiritual.

212. Considera ahora todas las circunstancias de este misterioso lavatorio, que todas estan llenas de divinos misterios. Lo primero considera aquellas palabras, que como preámbulo dice el sagrado evangelista; sabiendo el Señor, que todas las cosas puso en sus manos el Padre, y que habiendo salido de Dios, camina á Dios, se desnudó de sus vestiduras: ciñóse un lienzo: echó agua en la vacía, y empezó á lavar los pies á sus discípulos. Ves aquí, devoto, el principio del nuevo testamento y ley santa de la gracia. Todas las cosas puso el Padre Eterno en las manos de su Hijo: ¿y qué hace ese poderosísimo Señor, dueño de todas las cosas del cielo y de la tierra? ¿Qué hace este soberano Señor, que por la generacion eterna procede del Padre, tan grande, tan ilustre, y tan poderoso y perfecto como él? ¿Qué hace este Señor, que por la generacion temporal es concebido y nacido milagrosamente Rey natural, no solo de Judea, sino de todo el universo mundo? ¿Que hace este Señor, que salió de su Eterno Padre, y vino al mundo, y ahora quiere dejar el mundo, y volver á su Eterno Padre? Mira sus últimas obras, ténlas muy en la memoria. Desnúdase de sus vestiduras, cíñese como esclavo, y arrodillado á los pies de los hombres, inclinado su divino rostro, se los lava: desnúdase de su grandeza, se viste y pone en trage de siervo; y no contento con el trage, júntalo con las obras, humillándose y abatiéndose á los pies de sus criaturas. ¡O alteza incompreensible de Dios! ¡O abismo inapeable de la humildad de Jesu Cristo! ¿Sabeis vos, Dios mio, quién sois? ¿Conoceis vuestra altísima dignidad? Ya lo dice, que sabe que es Hijo verdadero de Dios, y Señor universal de todas las cosas. ¿Pues así salis de vos mismo, Dios mio? ¿Quién es el que os saca fuera de vos? ¿Quién os desnuda de la grandeza y magestad, y os viste de esclavo? ¿Quién os hace dejar el trono de serafines, y os abate á los pies de unos pobres pecadores? ¡Y lo que mas pasma y asombra, á los pies del condenado Júdas! ¿Quién sino tu amor, alma mia? Haz cuenta que responde el Señor: tu amor es el que triunfa en mi grandeza, es el que me avasalla. Salí de mi Padre, y